

Artículo sugerido como complemento de la exhibición del film "A los trece"

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación
Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente
Área de Desarrollo Profesional Docente

Cine y Formación Docente 2005

Viernes 26 de agosto en 28 de noviembre y viernes 14 de octubre, Puerto Deseado, Santa Cruz.

Cine y Formación Docente 2006

Jueves 27 de julio en Chepes, La Rioja.

Tatuaje y piercing en la pubertad: marca, corte, inscripción. Una aproximación al valor subjetivo de estas prácticas en los cuerpos juveniles

Por Elvira Martorell

Presentación

Vi la película "A los trece", por expreso pedido de mi hija, que insistió en que la viéramos juntas.

Comentando la experiencia con colegas que tienen hijos de esa edad, manifestaron que era una situación por la que preferían no pasar, bajo ningún punto de vista.

Ello me llevó a reflexionar sobre el espanto o la angustia que pueden provocar a los mayores las situaciones y las prácticas que habitan y producen nuestros jóvenes, que nos conducen muchas veces a preferir "cerrar los ojos".

Todos hemos sido adolescentes, pero hemos "olvidado", o "reprimido" (ya en términos freudianos) las escenas de riesgo, desborde, angustia o transgresión que hemos vivido o presenciado en esa época, solos y con nuestro pares.

El propósito que nos convoca es ir más allá del espanto: mirar, interrogar, interpretar, para poder intervenir de otra manera frente a los conflictos que permanentemente nos plantean los adolescentes en nuestra tarea.

El proceso que la película nos muestra es el tránsito de una niña a adolescente, durante la metamorfosis de la pubertad. Nos interesa enfocar dicho proceso desde el cuerpo como objeto central, pensándolo como escenario, como espacio de inscripción, como lugar operatorio y de simbolización fundamental en la estructuración subjetiva que se produce en este tiempo lógico.

1. Introducción

La generalización, en los últimos años, de tatuajes y piercing como prácticas sobre el cuerpo, y la importancia que ha adquirido para púberes y jóvenes, nos invita a interrogarnos por su *valor cultural* y su singular *significación subjetiva*.

Situamos este fenómeno en el territorio de las culturas juveniles actuales, para considerar el valor colectivo, grupal, que adquiere entre pares, así como para realizar una lectura, una interpretación del valor singular que puede adquirir en cada sujeto,

en una época tan particular como la de la pubertad.

En una primera aproximación, observamos que estas prácticas no poseen un valor único ni uniforme en sí mismas. *¿Se trata sólo de una moda o constituyen una manera de vehicular los conflictos propios de la adolescencia?*¹

Quisiera abordar esta cuestión con un par de interrogaciones como punto de partida:

¿Qué es un cuerpo?

¿Qué es un joven?

¿Qué es cultura?

Introducir estas preguntas tiene el propósito de conducirnos a cuestionar y repensar las ideas y representaciones que tenemos de estos términos, y los valores que adquieren en nuestra sociedad y en la época actual.

Desde este punto de partida, intentaremos construir algunas respuestas que nos permitan percibir en la experiencia de los más jóvenes cómo se anudan, intersectan, divergen estas diversas instancias: *cuerpo* y *1* Seguimos en este punto los desarrollos de Silvia Reisfeld, en "Tatuajes. Un mirada psicoanalítica".

2

sujeto, cuerpo y *cultura*, sujeto y cultura. Y desde allí producir herramientas que nos permitan intervenir en nuestro campo de acción.

En primer lugar, la idea de juventud ha variado históricamente y en el momento actual se ha extendido el lapso cronológico que se le atribuía, debido al aumento de la expectativa de vida provocado por los avances científicos.

Partiremos, entonces, para abordar la pregunta, del concepto de *pubertad*, según lo plantea Freud, denominando el proceso como *metamorfosis*, y situándolo como el segundo momento lógico en que se estructura el aparato psíquico.

La pubertad es, entonces, un proceso de cambio, de *metamorfosis respecto al cuerpo infantil*, precipitado por los cambios hormonales biológicos y el desarrollo de los

caracteres sexuales secundarios, y es *el segundo tiempo de constitución subjetiva*. Se trata del tránsito de un sujeto de niño a mayor, pero, a diferencia de lo que ocurre en otras culturas donde dicho cambio es mediatizado por rituales de iniciación –que siempre afectan el cuerpo–, en la nuestra constituye un tiempo intermedio entre dos momentos: infancia y adultez.

Llamaremos a este tiempo *adolescencia*, como el espacio histórico en el cual se sitúan y elaboran los efectos que la pubertad como proceso introduce en el sujeto infantil. La formas, los modos, en que ello se tramite dependerán tanto del núcleo familiar como de la escuela, así como de aquello que la cultura ofrece, cada vez, como modo de satisfacción y de identificación a los jóvenes.

Observamos entonces que el empuje hormonal, corporal-orgánico, va de la mano de la constitución del sujeto, donde hallamos un primer desfase entre cuerpo y sujeto, en el destiempo que se produce entre la transformación corporal y su procesamiento psíquico.

¿Qué cuerpo y qué sujeto encontramos en la pubertad?

Un cuerpo en tránsito, un cuerpo en transformación.

Un sujeto en su segundo tiempo de constitución como tal.

¿Qué procesos implica?

Un cuerpo a incorporar como imagen nueva y permanentemente en mutación.

Un sujeto en duelo, por el tiempo de la infancia y el cuerpo de niño.

La necesidad de construir identidad en torno a las identificaciones que proveen los mayores, los pares más aventajados (como hermanos mayores), las representaciones y los ideales culturales de la época.

La separación, como proceso fundamental, del cuerpo de los progenitores, y del espacio parental hacia el “afuera” social.

¿Qué cultura habitan y producen los adolescentes?

La que producen las instituciones que habitan: fundamentalmente, la familia y la escuela.

La que proveen los medios de comunicación y la cultura electrónica (mail, chat, mensaje de texto, celular, etc).

La forma característica de las culturas juveniles actuales: las llamadas “tribus” (música, indumentaria, estética, prácticas grupales, etc).

¿Qué valor pueden tomar, entonces, estas prácticas sobre los cuerpos juveniles en la cultura actual?

Como ya planteamos, no poseen un valor único ni uniforme en sí mismas.

Los tatuajes y piercings pueden simbolizar un pasaje iniciático en una cultura desprovista de dichos ritos, indicar pertenencia a un determinado grupo cultural juvenil, ser metáfora del amor físico o valer como novela autobiográfica, en tanto letra escrita.

Pueden representar una forma de embellecimiento del cuerpo o de su apropiación; denotar transgresión, constituir

un signo de identidad. O valer por la firma, como nombre propio de quien lo porta.

Se trata, justamente, de una etapa donde se produce una nueva construcción corporal, donde se hace necesario asumir una imagen del cuerpo que se impone desde lo biológico como ajena. Este desfase, motivado por la aparición de los caracteres sexuales secundarios, obliga al sujeto a recurrir a diversos mecanismos para sostenerse, como la identificación con el semejante. *El cuerpo escrito, marcado, perforado, dibujado*, a la vez inscribe, recorta, separa, produce, realizando una *operatoria sobre el sujeto*, en 3

el tránsito de ser “menor” a ser “mayor”, que implica la pubertad.

Como hemos planteado, ello conlleva en sí el duelo por la infancia, la pérdida de ese cuerpo infantil y la necesidad de la separación, del desasimiento de los padres, en la búsqueda de una autonomía que carece muchas veces de parámetros en los que apoyarse.

Estos duelos abren el espacio a la *aparición del partenaire*, del semejante sexuado, y a la constitución de la escena amorosa desde el lugar de “un grande” y no de “un pequeño”, como había sido en la infancia. Momento de corte, de “separación de cuerpos” con los padres, paralelo con la reanimación de los lazos edípicos que la pubertad implica.

Este pasaje implica un recorrido para el adolescente, que se halla plagado de incertidumbres, ansiedad e indeterminaciones, que deberán hallar su cauce en cada uno.

Intentaremos acercarnos a los cambios subjetivos que se producen en la pubertad, *la metamorfosis corporal y psíquica*, para situar la forma en que estas prácticas sobre el cuerpo constituyen *respuestas diversas desde lo grupal y singulares* desde la historia de cada púber.

2. El cuerpo del Otro: inscripción y separación en la pubertad

El cuerpo es siempre del Otro². Desde la llegada al mundo somos acogidos en la escena primaria de los padres³, somos parte del fantasma parental.⁴

Es el Otro materno quien nos erotiza, decodifica nuestras necesidades vitales y sostiene nuestro cuerpo infantil, ese que aún carece de imagen en el espejo.

En los seres hablantes, en tanto no hay 2 Nos referimos al Otro en sus dos dimensiones: el cuerpo de los padres que nos asiste en la infancia, y el Otro como lugar simbólico, sede del lenguaje.

3 Denominamos escena primaria a la fantasía originaria freudiana, donde el sujeto se sitúa en el momento de su concepción por los padres.

4 Llamamos aquí “fantasma parental” a la conjunción de los deseos de los padres respecto a la forma en que un niño ha sido deseado: al lugar que lo espera, ya antes de su nacimiento. objeto de la especie como en los animales, la constitución del objeto de satisfacción se halla marcada por el lenguaje y por la asistencia del Otro, necesaria para la vida misma en sus orígenes.

De la necesidad vital de alimentación, vehiculizada por el pecho materno, se desprenderán amor y deseo. La sexualidad comienza a inscribirse en el origen, desde la zona oral -que recorta y privilegia esa parte del cuerpo infantil- a la sucesión de las otras zonas, que en cada etapa dibujan el mapa erógeno.

El estadio del espejo permitirá al infante asumir la imagen de su cuerpo como unidad narcisista, también matriz del yo, bajo la mirada del Otro.

El niño se ubicará frente al deseo materno como objeto privilegiado, colmando su falta, y en los avatares del Edipo advendrá su propio deseo frente al deseo de sus progenitores. Según las particularidades de cada padre y el momento en que cada niño llega al mundo, se construye el lugar que ocupa, en tanto marca fundamental de su estructuración como sujeto.

La sexualidad se constituye en dos tiempos: la sexualidad infantil y la metamorfosis que tiene lugar en la pubertad.

El cuerpo infantil será marcado por el cuerpo del Otro: desde la alimentación a los cuidados; desde las caricias a los castigos corporales; desde la palabra que decodifica sus necesidades al contacto corporal directo. En la metamorfosis de la pubertad, los cambios en el cuerpo y el empuje pulsional⁵, producen un exceso, un desfasaje desfase entre el cuerpo real, el imaginario y su simbolización. Es necesario construir, volver a "armar" el cuerpo, en la aparición de los caracteres sexuales secundarios, momento donde se produce el pasaje de "un menor" a "un mayor".

La historia de cada púber se halla marcada por la forma en que fue acogido en el deseo de los padres en el origen, y cómo se resignificó ese lugar en distintos momentos.

⁵ La pulsión corresponde en el sujeto al instinto en los animales. En la pubertad, lo hormonal, los cambios en el organismo, producen una intensificación de lo pulsional, que requiere ordenarse según el nuevo mapa corporal.

4

Pero la pubertad señala el momento de un corte, de una separación, diferente a la de la infancia.

El despertar sexual, la aparición de los caracteres sexuales secundarios producen un cuerpo nuevo y extraño que se hace necesario incorporar.⁶

Pero lo que "hay que hacer" como hombre o mujer, en tanto identificación sexual, no se halla predeterminado en el ser hablante, proviene del Otro, y será del *deseo del Otro* que el sujeto recibirá las señales que lo orienten en el camino de su propio deseo.

Este Otro puede hallarse encarnado en un semejante idealizado, en un hermano mayor o en otros adultos.

Ahora bien, *¿cómo opera la separación en la materialidad de los cuerpos entre padres e hijos en el momento de la pubertad?*

Donde había un pequeño, el cuerpo del púber devuelve a los padres la imagen de un otro que se ha vuelto grande.

Ello conlleva el enfrentamiento inevitable entre dos cuerpos que se igualan, confrontación de la belleza juvenil y el cuerpo marcado por los años, donde el narcisismo de los mayores se pondrá a prueba en la diferencia generacional.

Vemos así padres "juvenilizados", que se resisten a dar paso al brillo de los jóvenes, padres que se ubican como "retirados" de toda escena de seducción, padres que se ubican como "pares" adolescentes en su vestimenta y en su lenguaje, padres "castradores" que impiden envidiosamente el lucimiento de sus "cachorros" e incluso su circulación en el mundo exterior. Justamente, la salida al exterior ubica el cuerpo del hijo fuera del espacio parental: el cuerpo afuera, en la calle, sin la presencia de los padres; el cuerpo afuera, en la escena sexual, ahora con partenaire.

Entre el sostén y el despegue del hijo, se abre la vía del deseo entre lo que el padre prohíbe y lo que propicia.

El momento de la pubertad pone a prueba el corte, la capacidad de desasimilación de ambos, en esa difícil tarea de dejarlos ir sin dejarlos caer; de reprimir sin impedir.

⁶ Con "incorporar" nos referimos a la asunción en la imagen de un cambio que ha tenido lugar en lo real del cuerpo.

Ello se sostiene en cómo se soporta, para cada padre, el duelo del "pequeño". Porque este duelo implica, a la vez, para los padres el acercamiento a su propia vejez, y más allá, a la muerte misma.

Las operaciones del sujeto se repiten en el lazo entre padres e hijos, en la relación de cada padre con el deseo y la Ley.

3. El lugar del Otro y el semejante

Como vimos, desde el origen el sujeto se constituye en relación con un otro. En un primer momento con *Otro primordial materno*, lugar de la asistencia, donador de palabra y erotizador del cuerpo. Alguien que decodifica las demandas y necesidades del pequeño.

Más tarde, intervendrá *el Otro paterno*, instaurador de la prohibición y la ley, así como matriz del ideal y las identificaciones.

Se trata de *un Otro mayor* en relación con *un menor*, de una relación asimétrica. Cuando el niño empieza a tener dominio de su propio cuerpo y a percibirlo como unidad imaginaria en el espejo, *el otro semejante* se incorpora como rival especular: es quien puede arrebatarnos el objeto de nuestros deseos. Será la mediación simbólica, de la palabra, de la renovación de los pactos y de la Ley⁷, la que establecerá una relación que no sea la de lucha a muerte con el semejante, que permita el intercambio y la posibilidad de compartir.

En la pubertad tiene lugar una re-edición del Edipo, pero que esta vez convoca al *corte*: se trata de buscar los objetos de amor *fuera del ámbito familiar* y ello conlleva, también, dirimir las diferencias con el rival. Época de hacer *lazo con los pares, de agruparse según los gustos o las inclinaciones y de iniciación respecto al otro sexo.*

La pubertad es el momento de asumir un

cuerpo de grande, de construcción de la escena sexual con partenaire, del pasaje de 7 Nos referimos acá a la ley en su dimensión simbólica, la que regula la relación entre los humanos impidiendo la guerra de todos contra todos, la que funda civilización frente al estado de naturaleza, tal como lo planteara el filósofo Thomas Hobbes.

5

la masturbación solitaria al goce con otro. Como ya señalamos, es el segundo tiempo de constitución de la sexualidad y momento de salida al mundo exterior sin los padres, que incluye la iniciación sexual y la pertenencia a determinados grupos de pares. Pero ello implica para el púber *el duelo por la infancia*, la pérdida de ese cuerpo infantil, y la necesidad de la separación, del desasimiento de los padres, en la búsqueda de una autonomía que carece muchas veces de parámetros en los que apoyarse. Estos duelos abren el espacio a la aparición del *partenaire*, del semejante sexuado, y a la constitución de la escena amorosa desde el lugar de "un grande" y no de "un pequeño", como había sido en la infancia. Momento de corte, de "separación de cuerpos" con los padres, paralelo a la reanimación de los lazos edípicos, que la pubertad implica.

Se trata, finalmente, del pasaje del amor al objeto incestuoso a la construcción de la escena primaria, donde ellos se ubican – ahora- no como niños, sino como padres de un pequeño.

Este pasaje implica un recorrido para el adolescente, que se halla plagado de incertidumbres, ansiedades e indeterminaciones que deberán hallar su cauce en cada uno.

La ambivalencia amor-odio, revela tanto el apego como el deseo de separarse de los padres.

Ello se articula también en la forma como se sanciona dicho pasaje desde lo social, pasaje que se juega entonces desde el lugar del Padre en la cultura y desde lo que puede proveer al sujeto su propio padre. Tránsito del hijo de menor a mayor, que implica redefinir la responsabilidad paterna y la individual.

Sujeto y ley. El sujeto en la época

Según plantea Freud en "*El malestar en la cultura*", los elementos esenciales del proceso de la civilización se repiten en el sujeto individual.

En el origen, el infans no es aún un sujeto. Como ya planteamos, requiere -por su indefensión- de la asistencia ajena, de un Otro primordial para sobrevivir, y deberá soportar una serie de operaciones psíquicas para advenir como sujeto deseante.

La *pulsión* es la manifestación del instinto en lo humano. Tiene su fuente en alguna *parte del cuerpo*, constituye un empuje motivado por estímulos internos, al que es necesario dar curso para mantener el equilibrio de cargas en el aparato psíquico.

Llamamos goce a la satisfacción de la pulsión, pero el goce instintivo como tal se

halla perdido para el humano, por su inserción desde que nace en el lenguaje y por la falta de un objeto "natural" de satisfacción.

A esta "*pérdida*" original se articula otra: en la trama edípica el complejo de castración inscribe la *diferencia sexual*, permite la instauración de la Ley⁸ y conduce a la exogamia a partir de la renuncia al objeto incestuoso primario y la posibilidad de su sustitución, así como produce la ambivalencia amor-rivalidad hacia el padre. *Es luego de estas operaciones que un sujeto puede producirse como tal, en su relación con la Ley y como sujeto deseante.*

La ley pone al sujeto bajo su golpe, dejándolo en un lugar pasivo de objeto, pero, al mismo tiempo, performativamente produce sujeto; llama, invoca al sujeto, le dona la palabra. En esta invocación, la respuesta del sujeto al Otro permite situar el territorio de su propio deseo.

En la pubertad, estas operaciones son reeditadas en el territorio de los cambios corporales y en el tránsito de menor a mayor. Como ya planteamos, dicho pasaje requiere de la presencia del Otro.

¿Pero qué pasa cuando no hay lugar en el Otro para un púber, cuando falta sostén, cuando no funciona el límite?

Frente a la excitación y la masturbación, al exceso pulsional, la respuesta necesaria ha sido la disciplina y la represión, que van unidas necesariamente al ideal, al amor al padre, ya que la *renuncia pulsional* se sostiene con la espada,⁹ pero requiere del ideal. No es sólo por temor, es también por amor.

Cuando dicha operación falla, este exceso se manifiesta de diversas formas: violencia, angustia, impulsión, inhibición, y es preciso hallar otra forma de anudar lo pulsional.

⁸ La ley aquí como prohibición del incesto.

⁹ Como plantea Hobbes en *Leviatán*.

6

La caída de la autoridad patriarcal en nuestra época renueva la pregunta por el lugar del Padre y la ley, en lo que hemos planteado como *desafiliación*, desafiliación del Estado respecto a los excluidos, desafiliación los padres de los adolescentes.

En otras épocas, los ritos de iniciación eran el dispositivo que *marcaba el cuerpo para hacer de ello marca simbólica e inscripción social*.

En este contexto histórico, en el momento actual, donde no imperan fuertemente en el espacio social ritos religiosos ni sociales compartidos, la pregunta es cómo se construyen desde el colectivo las escenas de iniciación, de pasaje, de habilitación: donde un chico se hace hombre, donde un hombre se hace padre.

Con la inscripción simbólica de la Ley no alcanza: un padre juega el juego, en la realidad psíquica, en tanto vivo. Son necesarios, también, el funcionamiento de dispositivos, de escenas, de ritos, así como la posibilidad de horizontes de expectativas que pueda ofrecer lo social al individuo.

Porque la exclusión económica no limita sus efectos a ese terreno, sino que conduce a una *fragmentación de las identidades* y a un *desamparo* que produce respuestas subjetivas variadas: individualismo, tribus urbanas, grupos con una legalidad propia, pero sin puntos de identificación con un colectivo más amplio.

Encontramos, justamente, que la pérdida de la eficacia simbólica reanima aquello que del cuerpo no pasa por la palabra, la carga que pugna por salir de la manera que puede. Al dejar de ser dicha eficacia plenamente operatoria, se pierde su capacidad performativa de subjetividad, favoreciendo el acting-out y el pasaje al acto.

Es la interpelación la que propicia la emergencia de un sujeto.

El campo de la cultura es el espacio donde se inventan los semblantes, las formas de gozar para un sujeto en un espacio colectivo. Dichas formas de gozar son móviles, son variables; y lo elaborable del goce a través de la cultura, en los artificios o dispositivos que ella provee, permite que lo indecible, lo mudo, encuentre una *inscripción en la cultura*.

Inscripción y corte

Como vimos, el cuerpo pulsional no sabe cómo ubicarse en la adolescencia. Necesita del Otro, tanto propiciando, transmitiendo, como reprimiendo, marcando los límites territoriales para su despliegue. Se construye en relación con los padres y con los pares, en una relación de contacto corporal necesariamente ambivalente: ternura, pelea, rechazo, "calentura", distancia, "pegoteo". Al contacto corporal con los otros se suma otro orden de respuesta: las acciones sobre el propio cuerpo, activas y pasivas.

Pero, ¿qué sucede cuando no hay lugar en el Otro para su *inscripción* como *sujetos*?

¿Cuando no funciona desde los padres mismos *la ley simbólica*?

¿Qué pasa cuando la *separación* necesaria se ve obstaculizada o impedida?

¿Qué ocurre allí con el *cuerpo pulsional* y el sujeto?

La pregunta apunta a los efectos en los adolescentes allí *donde falla la ley como inscripción, donde la prohibición es ineficaz, donde falta el deseo del Otro*.

Nos encontramos muchas veces con que las respuestas del púber suelen manifestarse de forma enigmática, no desde la palabra sino en el cuerpo mismo: enfermedad psicósomática, síntomas físicos de angustia, inhibición corporal, trastornos de la alimentación. Actos violentos o impulsivos, acting-out, huidas del hogar, acciones de riesgo efectuadas sólo por el riesgo mismo. Vemos que en las peleas, los golpes vuelven real el cuerpo propio y el cuerpo del otro, que los actos impulsivos denotan lo que no logra simbolizarse, que en las huidas se intenta "sacar" el cuerpo de la escena, como intento fallido de separación, o el "hacerse expulsar" funciona como respuesta al "nolugar" en el Otro. El cuerpo arrojado, expulsado o muerto, son formas límites en

los intentos fallidos de separación.

En lo psicósomático se expresa lo que no halla la vía de la palabra, lo que enfoca hacia el organismo, más que hacia el cuerpo erógeno.

Otro orden de respuesta que se ubica dentro de una práctica juvenil actual son los tatuajes y perforaciones, donde el cuerpo se

7

presenta como superficie a escribir o a perforar, con efectos subjetivos diversos.

El cuerpo, entonces, demuestra ser un espacio, un territorio privilegiado donde los adolescentes muestran, inscriben, escriben, dan a ver su proceso singular en el trayecto de convertirse en mayores. Los avatares de su constitución subjetiva se hallan siempre en relación con el Otro, con el deseo que les ha dado origen y con la separación necesaria para hallar las vías de su propio deseo.

4. Tatuaje y piercing en la adolescencia: ¿moda o síntoma?

El primer tatuaje suele tener el significado de un pasaje iniciático, como marca indeleble en el cuerpo que se asienta en la tolerancia al dolor. Puede desencadenar una tendencia a seguir tatuándose, a constituir una serie, donde lo pictorial asumido por el discurso puede llegar a constituirse como novela autobiográfica. Cada tatuaje vendría a representar momentos históricos privilegiados para un sujeto, como un mapa en el cuerpo.

El tatuaje puede funcionar como decoración del cuerpo, como efecto de seducción dándose a ver, o puede ser ocultado bajo la vestimenta como si se tratara de un estigma. Puede constituirse en escritura como metáfora del amor físico, que intenta perpetuarse como marca eterna en el cuerpo, indicar pertenencia grupal y hasta constituirse en una forma de religión. Frente a pérdidas reales, el tatuaje es también una respuesta: frente a lo efímero, lo imperecedero que se conserva en la piel. La forma y la elección del tatuaje también marca diferencias, tatuajes hechos por profesionales o tatuajes caseros hechos con tinta y aguja de coser, por el sujeto mismo. Que se trate de un dibujo propio, de un icono que lo representa, de un diseño decorativo o los tatuajes que del nombre propio, de la pareja o de los progenitores.

Este breve recorrido nos sugiere que estas prácticas pueden encuadrarse dentro de una moda actual pero también adquirir otro valor, especialmente en la adolescencia, donde *el cuerpo funciona como vehículo privilegiado en la expresión de conflictos psíquicos*.

Frente a la crisis de identidad, a los sentimientos de desvalorización, a la sensación de vacío, a la búsqueda de reconocimiento, los tatuajes y piercings producen una nueva identidad ligada a lo corporal. En esos casos constituirían un tramo necesario para la simbolización, desde el territorio de una cultura adolescente actual, como *apropiación del cuerpo nuevo en un acto concretizado en la piel*.

Por otra parte, intervendrían en el

procesamiento del Edipo, indicando desafío o transgresión como intento de contrarrestar temores de dependencia, pero también manifestando la nostalgia de la separación en los tatuajes de unión familiar o el nombre de los progenitores.

Podemos concluir, entonces, que *el tatuaje puede funcionar en la adolescencia como operador psíquico, en el procesamiento de duelos y en la construcción de identidad.*

5. A los trece

La película comienza con una escena entre dos chicas que se instan la una a la otra a pegarse, como un juego infantil, pero real. “-¡Pegame! ¡Más fuerte!, se dicen una a la otra, mientras inhalan drogas en aerosol. Ríen y se golpean hasta sangrarse, parecen poseídas, fuera de sí.

La cámara vuelve varios meses atrás, donde vemos a Tracy como una niña angelical, de collitas y zoquetes, en una relación afectuosa con su madre, leyéndole una poesía sobre la vida y la muerte.

-Es profundo. Me asusta- dice la madre. Tracy cambia de barrio y de colegio y allí encontrará a Evie, la chica “mala” y sexy, admirada y deseada por todos. Tracy querrá ser como Evie, liberada, desenfadada y deseada por los chicos. Una escena en que se encuentran frente a frente, señala el contrapunto entre el “look” de ambas y muestra la sonrisa burlona de una, sobre el aspecto ingenuo de la otra. Cuando llega a su casa, Tracy arroja con rabia sus zoquetes y su muñecos de peluche al cesto. Ya quiere ser otra.

La búsqueda de identidad es por identificación, se trata de ser “como ella”, Evie, y para lograrlo debe adquirir su imagen, obtener su “look”. Es así como

8
puede asumir la imagen de ser una chica deseada y no una niña mojigata y tonta. Tracy no se lleva mal con su madre, quien parece dispuesta a ayudarla, pero a partir de ese momento empezarán a molestarle los cuidados maternos; su acercamiento a Evie será paralelo al *alejamiento con la madre*. Por ejemplo, le dice: “-No soy tu amor.” “-Ya no podés mirarme el cuerpo”. “-Tenés que golpear para entrar a mi pieza”. O: “no toques mi ropa”.

La ambivalencia amor-odio revela tanto el apego como el deseo de separarse de los padres, y es desde el rechazo que se intenta la separación de cuerpos y la asunción de la imagen de un semejante deseable. Como hemos visto, se trata de una re-edición del Edipo infantil, pero que esta vez convoca al *corte*: se trata de buscar los objetos de amor fuera del ámbito familiar y de hacer lazo con los pares, de agruparse según los gustos o las inclinaciones, y de iniciación respecto al otro sexo.

Tracy comienza, así, una serie de “*iniciaciones*” en su camino a volverse grande y admirada como Evie. La primera es robar para obtener dinero que no provenga de los padres, con el objeto de adquirir ropa y drogas y realizarse tatuajes y piercings.

Falta a la escuela, miente a su madre. Prueba diversas drogas, mantiene relaciones sexuales.

La escena que Tracy miraba desde afuera, la de Evie con sus amigas, la tiene ahora como protagonista privilegiada. Las dos lucen aros en la lengua, visten con ropas provocativas y transgresoras; Tracy se siente omnipotente, libre, grande, nueva.

En el “afuera” del espacio parental se trata de experimentar con el “borde”: beber alcohol, consumir drogas que producen alucinaciones, marcar y agujerear el cuerpo con tatuajes y piercings, mantener relaciones sexuales; todas escenas donde Evie funciona como “iniciadora”. Esta función es fundamental dado que lo que “hay que hacer” como hombre o mujer, en tanto *identificación sexual*, no se halla predeterminado en el ser hablante, proviene del Otro, se halla encarnado en algún otro idealizado, y será del *deseo del Otro* que llegarán las señales que orienten al sujeto en su propio deseo. Dentro de la casa, el cuarto de Tracy, donde prácticamente lleva a vivir a su amiga, se convierte en “territorio liberado”, al que la madre no accede.

¿Cómo funciona la familia de Tracy? Los padres están separados, el padre “borrado” y con nueva familia no aporta dinero ni presencia; la madre trabaja como peluquera en la casa misma, para mantenerlos a ella y a su hermano. Tiene un novio ex-adicto, y ella misma lo ha sido.

Vemos ahí una serie de escenas donde Tracy denuncia el abandono del padre, reclama su atención y su presencia, hasta que lo da por perdido; y, a la vez, escenas de celos con el novio de la madre al que desvaloriza y degrada.

Tracy avanza en el descontrol y aunque su madre la ama, *no puede pararla, interperlarla, pedirle cuenta de sus actos. Prefiere no ver, decide cerrar los ojos. Allí Tracy se queda sola, sin padre que se preocupe por ella, sin madre que se haga cargo de lo que le sucede.*

Hay una frase que la madre dice cuando se entera de la orfandad de Evie: “-Pobrecita! Yo tampoco tenía una madre a tu edad”, donde muestra su propio abandono y fragilidad.

El desafío en aumento de Tracy es proporcional al desamparo que la falta de límites y de contención de los mayores implica.

Otro momento clave sucede en su cuarto, donde muestra a Evie un aro que ha conseguido para la panza. Esta le dice: -Hagámoslo ahora mismo! Seguramente te dolerá más que la lengua”. Envalentonada, Tracy responde: “-Me importa una mierda. Hacelo”

El comportamiento impulsivo pone en escena, muestra, quién es ella ahora, alguien capaz de soportar el dolor, de hacer el aguante, de tener coraje.

Evie responde: -Trace, me gusta que no tengas miedo a las agujas. *Evie admira ahora a Tracy, el pasaje se ha producido: ya son*

pares.

El primer límite real llega del colegio, le anuncian que repetirá. Tracy es tomada por sorpresa, no tenía conciencia de las consecuencias de sus actos.

Su madre le dice: -Tenemos que tener una charla de verdad. Pero Tracy se evade y le cierra la puerta de su pieza en la cara.

La madre habla con el padre, buscando ayuda. -Estoy asustada. Sólo quiero parar esto.

Pero no hay padre en la realidad que responda.

9

*Es interesante señalar cómo funcionan las puertas, en tanto *límite al otro*. Tracy insiste en sostener su puerta cerrada, como ámbito de privacidad, cuando, en verdad, mantiene allí sus escenas ilegales y ocultas. La madre se queda del otro lado; impotente, no franquea la barrera.*

Pero por otra parte, Tracy ve a su madre besándose y en escenas íntimas con el novio, lo que la angustia e irrita. Recuerda allí una escena del pasado, en que sorprendió a este novio tomando drogas en el baño. En esta ocasión, va al baño, toma una tijera y se corta superficialmente, pero hasta sangrar.

Llega un momento en que resulta imposible no ver aquello que Tracy cubre a medias.

La madre ve el aro en la panza : "¿Cuándo te hiciste esto, mi vida?", pregunta, angustiada. Tracy la desafía sacando la lengua y dando a ver el otro aro, le recrimina que no se entera de nada y ,ya descontrolada, la increpa mostrándole el cuerpo: "¡sin corpiño, ni calzones!."

La madre, impotente y desesperada, le pide al padre que se la lleve un tiempo, pero él le responde que no puede.

La madre finalmente tomará cartas en el asunto, decidirá apartarla de Evie, a quien devuelve a su tutora legal.

Algo se quiebra allí entre Tracy y Evie, ya que la primera ha aceptado la decisión de su madre de que Evie vuelva a su casa, ha decidido separarse de ella. Es el único momento en que Evie llora, angustiada, mostrando cuánto deseaba ser adoptada por la madre de Tracy y develando su propio desamparo.

En la escena final, la venganza de Evie será denunciar a Tracy delante de su tutora y de su madre, culpándola del descontrol de ambas, y mostrándose como una niña inocente. Las drogas, el dinero, la ropa, todo lo que se hallaba oculto en el cuarto de Tracy, aparece a la vista, frente a la mirada espantada de la madre.

Pero la revelación final tiene lugar cuando la tutora de Evie levanta las mangas de la remera de Tracy, obligándola a mostrar sus muñecas, llenas de cortaduras, y acusándola luego de golpear a Evie. Allí, la madre defiende a Tracy. Evie y su tutora se retiran, en una escena de insulto y desprecio hacia Tracy y su madre.

Ya a solas, la madre la abraza, le agarra el cuerpo, le habla, la contiene. Le dice que la ama y que las cosas se arreglarán. Tracy la

rechaza, y contesta que las cosas nunca se arreglarán. Pero esta vez la madre no la suelta: está dispuesta a ir más lejos, a sostener, a implicar a Tracy en lo que hizo y en lo que le pasa, a estar realmente a su lado, en un intento de reparación y recomienzo.

*Detengámonos en el tema de *los cortes*. Son tres veces que en la película se ve a Tracy ir al baño y cortarse en las muñecas; no llega a ser un intento de suicidio, porque la herida no es profunda ni intenta ser mortal. Entonces, ¿qué significación tienen estos cortes en el cuerpo?*

La primera vez, el corte tiene lugar luego de que Tracy ve la intimidación entre la madre y el novio, lo cual la retrotrae a la escena anterior en que lo ha visto a él drogarse, semidesnudo, en el baño.

El segundo, se produce una noche, luego que Evie se va con un chico a la plaza a tener relaciones y la deja sola en su cama. El tercero, cuando el hermano le dice –también en la casa- que la van a mandar a vivir con el padre.

Estos cortes en el cuerpo responden a escenas donde Tracy queda sin lugar, caída del Otro, excluida. Situaciones en las que no puede sostenerse frente al alejamiento del otro: la madre elegiría al novio en vez de a ella en la primera escena y se quedaría con el hermano en la tercera. En la segunda, es Evie quien la cambia por un pibe.

El corte en el cuerpo funciona como marca, como inscripción, donde Tracy intenta sostenerse del lugar de resto sin valor, de "nada", en que queda frente al deseo del Otro.

Corte en el cuerpo real que señala la falla simbólica en la separación, frente a la cual el sujeto no puede sostenerse solo, sin experimentar el abandono más profundo.

Los cortes en el cuerpo toman este valor justamente por la historia de Tracy, donde el padre no aporta como debiera y la madre se demuestra impotente para frenarla y para sostenerla, al mismo tiempo.

Donde falla la ley como inscripción, donde la prohibición es ineficaz, donde falta el deseo del Otro, pierde operatividad la eficacia simbólica, se pierde su capacidad performativa de subjetividad, reanimándose aquello que del cuerpo no pasa por la palabra.

10

Las respuestas del púber suelen manifestarse en el cuerpo mismo: enfermedad psicosomática, angustia, inhibición corporal, trastornos de la alimentación. Actos violentos o impulsivos, huidas del hogar, acciones de riesgo efectuadas sólo por el riesgo mismo.

*La cultura, en los artificios o dispositivos que provee en cada época, ofrece formas para que lo indecible, lo pulsional, encuentre alguna *inscripción* en ella; los tatuajes y piercings constituyen una de estas formas que implican marca y cuerpo.*

Pero es la interpelación la que propicia la emergencia de un sujeto, el encuentro con su

propio deseo y la responsabilidad frente a sus actos.

Los jóvenes no son lo que sabemos sobre ellos ni parecen responder a nuestras expectativas. Encarnan la metáfora de los nuevos tiempos, porque ellos han sido socializados en los códigos contemporáneos. Expresan hoy, más que en otros tiempos, la aparición de *una alteridad que desconocemos*. No están nunca en el lugar

que les damos, pero debemos abrir un espacio que los reciba.

Bibliografía

Reisfeld, S. (2004): *Tatuajes, una mirada psicoanalítica*, Paidós, Buenos Aires.

Freud, S.: "La metamorfosis de la pubertad".Obras Completas. Biblioteca Nueva, Madrid.

Lacan, J.: Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Paidós.